



UNIVERSIDAD
DE PIURA

50 AÑOS

DISCURSOS
CEREMONIA DE INVESTIDURA DEL
GRADO DE DOCTOR *HONORIS CAUSA*

MARCO GERARDO MARTOS CARRERA

(Facultad de Humanidades)

PEDRO-JUAN VILADRICH BATALLER

(Facultad de Humanidades)

AXEL MEISEN

(Facultad de Ingeniería)

SANDRA MARÍA BARCLAY PANIZO

(Facultad de Ingeniería)

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ LÓPEZ-MUÑIZ

(Facultad de Derecho)

Discurso del doctor Pedro-Juan Viladrich Bataller
<https://doi.org/10.26441/HC-30082019-D2>

Excelentísimo Vice Gran Canciller:

La inesperada sorpresa, con su profunda emoción, de recibir un doctorado *Honoris Causa* por la Facultad de Humanidades nos sobreviene a algunos aprendices en edad veterana. Somos aprendices, en cualquier edad de nuestra vida, pues cada una de ellas es la primera vez que la vivimos y, como los vinos nuevos, cometeríamos un error si pretendiéramos vivirla con los viejos odres del pasado. Pero a cierta edad –también es cierto– somos veteranos navegantes y en los mares del vivir muchas cosas nos han ocurrido de las que tomar lección, porque para eso somos aprendices.

Cuando miro al pasado, a la estela que a popa mi barco ha dejado en la mar –que en su *laudatio* el Dr. Corcuera ha recordado con sobresaliente cariño y exagerada desproporción– me embarga hasta los tuétanos un nutrido arsenal de sentimientos, entre los que destaca el agradecimiento hacia mi esposa Ana –la mujer que lo ha sido desde mi más temprana adolescencia–, mis hijos, mis maestros y mis colegas, y mi querido Amigo que, desde la niñez, ha tenido la infinita paciencia y fidelidad de acompañarme con su luz tierna. Como explicaré de inmediato soy un asno. Y, a ellos debo la transformación en palabras de mi natural costumbre de rebuznar.

Hace unos pocos años, con el fin de contribuir al patrimonio conceptual y práctico del Instituto de Ciencias para la Familia de la Universidad de Piura, decidí escribir una trilogía sobre los amores y vínculos íntimos. Creí tener algunos hallazgos. Pronto se desvanecieron. Me ocurrió –si se me permite la analogía– lo que al astrofísico. Parecía que habíamos avanzado muchos pasos con el sistema solar y la Vía Láctea. Entonces descubrimos, sobrecogidos, que más allá había millones, no de estrellas, sino de galaxias y constelaciones que desconocíamos. De manera que cada pequeño avance ensancha colosalmente el horizonte de nuestras ignorancias. Entonces uno sabe que no sabe nada. Lo mismo, quizá más, sucede con el amor.

Alcanzado este punto, convencido de que el amor me supera por completo, transformados mis hallazgos en vastísimas ignorancias, viéndome un necio aprendiz y bastante zafio, consideré que lo más honesto y realista era abandonar el proyecto. En ese estado, ya rendido, me encontré con una divertida y consoladora confesión de Ricardo de San Víctor, el teólogo y místico escocés del siglo XII. Él la cuenta a propósito de su estudio de Deo Trino, pero sirve para la cuestión del amor, porque ambos infinitos son muy próximos, si es que no son lo mismo. Dice así: “Quien lea el propósito de mi investigación puede reírse si quiere y que incluso se burle quien lo desee... Y si desfallezco a causa de la longitud del camino, de su dureza, de su dificultad, no lo habré hecho en vano si puedo decir: Hice lo que pude, *lo busqué y no lo encontré, lo llamé y no me respondió*”. Y después de esta cita del Cantar de los Cantares (5,6) sobre el lamento de quien no logra hallar a su amado, Ricardo de San Víctor añade: “La asna de Balaam, que impide al que la monta proseguir su camino (Nm,22, 21- 35), a mí me empuja a continuar la ruta que he iniciado. Incluso oigo que me dice: *Quien pudo hacerme hablar a mí, seguro que también podrá hacerme hablar a tí*” (*De Trinitate*, lib.III, cap. 1).

¡Menudo relámpago! En verdad soy un asno, me dije. Pero no es menos cierto que la *luz tierna* es muy capaz de convertir mis rebuznos en palabras..., si dócil le dejo hacer. La primera vez que me encontré con esta fascinante expresión fue una tarde de otoño de 1974 en Madrid. Estaba a solas con André Frossard, el hijo del secretario general del partido comunista francés, educado en un total ateísmo, al que Dios se le apareció en una pequeña iglesia del barrio latino de París, experiencia extraordinaria que contó en su libro *Dios existe, yo me lo encontré*. Lleno de curiosidad, le pregunté: “¿Qué se siente cuando ves a Dios?”. Me respondió: “Es *luz tierna*. Su luz entra en tu mente y todo lo esclarece. Su ternura conmueve tu corazón y te lo dilata sin límite”. Lo entendí en una dosis suficiente. Así es el amor y así la experiencia de amar.

Pues bien, a esta luz tierna, que no al asno, hay que atribuirle este doctorado *Honoris Causa*. No es retórica. Lo digo de corazón. Mirando la estela a popa de mi barco, no puedo explicarme tantas y tantas cosas, personales y académicas, si no es por las visitas de la luz tierna. Como a la asna de Balaam, me cerró sendas que conducían al abismo y me abrió horizontes inesperados. No es posible –probablemente ni prudente– detallarlos en este acto. Elegiré, con vuestro permiso, algunos que, siendo en apariencia muy diversos, tienen un rasgo común, una característica sorprendente. La luz tierna goza del fascinante poder de hacernos descubrir, para amarlo, lo extraordinario que late en lo ordinario. Por decirlo en lenguaje popular, uno exclama: “¡Caramba, si lo tenía ante las narices!”. Pero para verlo, antes tienes que afinar la mirada. Antoine de Saint-Exupéry, con otras palabras, lo puso en boca del zorro en un delicioso diálogo con el principito: “Solo con el corazón se puede ver bien, lo esencial es invisible a los ojos”.

¿Mirar con el corazón? Sí, esa es la mirada propia del amor entre quienes se aman. Es la única forma de conocer, apreciar y preferir al “otro”, la que nos lo hace íntimo, incondicionalmente valioso, y predilecto a nosotros mismos. Mirada con la que rompemos, abrimos y nos liberamos de la terrible gravitación egocéntrica que nos encadena a la búsqueda constante e insaciable de nuestra propia satisfacción y provecho, aún a costa de someter, utilizar, manipular y exprimir a los demás.

La pandemia actual es el vacío interior, el sinsentido existencial, las sospechas y las desconfianzas generalizadas, la superficialidad y descomposición de los vínculos, las soledades vitales. La post-modernidad ha desembocado en una tan voluntaria como desesperada orfandad. Por distintas vías –y también coacciones, unas sutiles, otras violentas– se nos ha conducido a aquel pensamiento “políticamente correcto” en cuya virtud cada una de nuestras personas y existencias provienen del azar y la necesidad cósmicas. Dios es una idea creada por el hombre, sospechó Ludwig Feuerbach y la afirmó como certeza. Luego vino el Dios ha muerto de Friedrich Nietzsche. Somos un absurdo y hay que enorgullecerse de esta orfandad de origen y destino, nos dijo Albert Camus en *El mito de Sísifo*. Pero si no tenemos Padre, un origen y destinación personales, un Dios Trino amador que nos amó primero y que, en cada *fiat* creador de un ser humano, un extraordinario

y particular beso incesante, nos constituye en amados suyos y capaces de amar... ¿Cómo podremos ser amadores de verdad? ¿Cómo ser amorosos esposos, padres y madres, hijos, hermanos, abuelos o nietos? ¿Cómo serlo si no se nos puso el amor adentro por quien Amor es? A lo que los huérfanos por decisión libre y obstinada –y esta psicología hay que entenderla en su agonía de fondo– podrán llamar amor, corre el alto riesgo de ser solamente puro torrente bioquímico, compulsiones de especie animal, espejismos que el tiempo disipa.

La crisis de nuestro tiempo –en cierta medida y modalidad, de todos los tiempos– es una crisis de amor, de amadores, de huérfanos existenciales obcecados en serlo y, por eso mismo, una inundación de egoísmos, de aferramientos desesperados a uno mismo y a las egolatrías del “corazón de piedra” (Mc.10,5; Mt. 19,8), con sus inevitables frutos hacia los demás: la sospecha y la desconfianza, la dominación y los sometimientos, la mentira y sus manipulaciones, los vacíos y las soledades; y con sus típicas leyes: la del más fuerte y la del más útil, mientras logras poder y mientras eres útil. Este escenario es el que debemos revolucionar –en palabras de san Juan Pablo II– con *una civilización del amor*. Y en esta fascinante revolución hay que entender la presencia y actividades del Instituto de Ciencias para la Familia de nuestra Universidad.

Recuerdo que, en los últimos días del invierno romano de 1981, paseaba con Carlo Caffarra, al que Juan Pablo II había encargado la fundación del que, a partir de mayo, fue el Instituto de la Familia de la Universidad Lateranense. Dada mi participación en la anterior fundación del Instituto de Ciencias para la Familia en la Universidad de Navarra, nos pusimos a conversar sobre el diagnóstico de la situación y qué prioridades acometer. Probablemente nos acompañó la luz tierna. Ambos coincidimos en que era imprescindible repensar a fondo la sexualidad humana o, por decirlo con mayor rigor, el significado personal y esponsal del ser varones y mujeres, todos los amores y vínculos íntimos humanos, implicando a las humanidades y las ciencias experimentales, pero haciéndolo desde el principio. Este principio estaba en Génesis: en la creación, por amor y para amar, del ser humano como varón y mujer, precisamente para ser así imagen y semejanza de Dios Trino y su unidad en el Amor. Este principio no era un dato cronológico, ancestral y primitivo, algo preterito, tal vez interesante para los arqueólogos y algún historiador de la noche de los tiempos. *El principio es manantial incesante, pura actualidad, nos concierne a cada uno aquí y ahora, es nuestra particular partida de nacimiento y el sentido profundo de nuestras vidas*. El principio, por tanto, es la afirmación de nuestra condición radical de personas amadas y, por eso, amadoras o, si se prefiere, es el rechazo frontal a la orfandad cósmica.

Cuando la luz tierna comparece para caldear el principio genesiaco, mente y corazón son conmovidos con sorprendentes revelaciones y consoladoras realidades.

La *imago Dei* está sellada en que seamos, como seres humanos, varones y mujeres. Dos modalidades diversas, pero enteras y completas, de ser humano. Dos diversidades complementarias, pues

son lo que son y se realizan, en reciprocidad, el uno en y por el otro. Quiere esto decir que la *imago Dei*, además de estar inscrita en el yo y el tu particulares de cada varón y cada mujer, contiene un significado especial en el nosotros, esto es, en la comunión entre varón y mujer. Y esta *imago Dei* es trinitaria. Nos revela que Dios –si se me permite una expresión pobre por humana–, desde su principio sin principio, no quiso ser un ente solitario, tan supremo como aislado, sino coexistencia íntima y compañía amorosa de tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es decir: amante, amado y el amor mismo o unión. Y por dicho Amor coeterno, esas tres Personas, infinitamente diversas son un único Dios en la unidad de una sola naturaleza divina, que comparten como Padre e Hijo en el Espíritu Santo. Esta *imago Dei* nos inscribe en la misma estructura y dinámica de nuestro *esse* –del *fiat* creador que nos pone en la existencia como esta singular persona corpórea masculina o femenina– un origen y destinación amorosos, una potencia triádica de ser don de sí, acogida en sí y acceso al ser unión, es decir: ser amante, amado y unión de amor. Cuando se comprende en una dosis suficiente esta trinitaria *imago Dei* que, como varones y mujeres, llevamos adentro, todo el sentido de la identidad y condición masculina y femenina recibe un colosal soplo de luz tierna. Somos así por amor y para amar. Y aceptar esta condición existencial y su significado donal, por de pronto, nos revoluciona la antropología, la psicología y la educación; nos abre entrelazamientos entre las humanidades y las ciencias biogenéticas, neurológicas y de la salud sobre el cuerpo personal masculino y femenino; pero, también pone en el punto de mira la jerarquía de valores sobre la que construimos cualquier modelo social y las bases y objetivos de las ciencias sociales.

En una “serata” en casa de un brillante colega italiano, de cuyo lugar –como dijo Cervantes– es más discreto no acordarse, se me casi forzó a hablar de estas cosas. Un asistente, tras lo de la *imago Dei* y nuestra condición radical de amadores, me espetó: “Todo eso son elucubraciones míticas. ¡Yo soy científico!”. Me lo dijo como quien, desde la sede de la diosa Razón, oye a una antigualla de museo, algo ebria y enajenada. Tal vez la luz tierna vino en mi ayuda. Sabiendo que tenía mujer y dos hijas, se me ocurrió preguntarle: “Cuando en tu casa, sentado plácidamente en tu sillón preferido, viene una de tus hijas y, abrazándote, te dice ‘papá te quiero mucho...’, supongo que no le respondes ‘no me digas tonterías ñoñas, ¡soy un científico!’ ; o cuando en la intimidad de tu alcoba, a tu esposa, *face to face*, le susurras que la amas con toda tu alma y que ella es el sol de tu vida, también supongo que no esperas ni deseas que te responda: ‘¡déjate ya de memeces, mitos y elucubraciones, soy científica!’”. Dado que quedó en silencio, nunca supe si le molesté o algo le aclaré. Pero las mujeres presentes... aplaudieron.

No seamos esquizofrénicos ni cobardes. Lo esencial, lo más importante, escapa a la medición y cuantificación experimental de los sentidos corporales. Pero *existe y es* con mayor fuerza, hondura y realidad. Eso ocurre con el amor y nuestra condición de amadores. Hay que liberarse de la trampa de la orfandad cósmica. No sea que consideremos correcto y hasta erudito adornarnos con las citas de Zeus al dividir, por castigo, al andrógino en dos mitades, o al recordar, admirados, los doce trabajos de Hércules o las arbitrariedades del infantil Cupido,

asaeteando a diestro y siniestro, no dando jamás lo que promete; pero, nos prohibamos, apocados y pusilánimes, reflexionar sobre las colosales resonancias antropológicas que contienen los relatos de Génesis, las luces sobre la paternidad y la fraternidad que, sobre sus amores, revela la parábola del hijo pródigo, o las luces psicológicas que sobre el espíritu evasivo del sacerdote y del levita, que son representantes del *establishment*, o sobre el espíritu solidario del viajero anónimo, un ciudadano de a pie cualquiera, que hay en la insuperable parábola del buen samaritano.

¿Filiación divina u orfandad cósmica? El Dios Creador, que nos amó primero, desea ser correspondido por amor. Pero el amor es libertad y gratuidad, esto es, todo lo contrario de las violencias y coacciones, de las imposiciones dominantes y las sumisiones, o de la astuta respuesta de la intención utilitarista, de sus cálculos interesados y mercantiles, de sus apariencias fingidas e hipócritas. Dios Trino, nos lo ha dicho repetidas veces, prefiere mil veces la misericordia a los holocaustos, espera la entrega y la acogida interior entera y sincera, libre y gratuita, en vez del sacrificio externo de unos cuantos terneros, aunque fueran unos cientos de tórtolas, ovejas y toros..., o bonos de la reserva federal de los Estados Unidos. El amor solo con amor se paga.

Ahora bien, si la médula del misterio humano –la de cada uno y una de nosotros y nosotras– es lograr ser amadores de verdad, entonces dos grandes dinámicas –dos arduas pero gloriosas transformaciones– se nos presentan en nuestras vidas.

La primera es una gran transición, un proceso a lo ancho y largo de la historia humana, en cuya virtud, y en ejercicio libre de nuestra inteligencia, voluntad y sentimientos, superamos el mundo de la especie animal y nos adentramos en el universo de las personas. El mundo de la especie animal tiene en la sexualidad la necesidad de la reproducción, las compulsiones de la genitalidad, los conflictos por los apareamientos, las leyes de la fuerza y de la utilidad. Ninguna libertad, ni gratuidad. Y si nos vemos y queremos huérfanos, como otra especie animal más entre las especies fruto del azar y la necesidad cósmica, aprovecharemos las posibilidades de dominio de nuestra racionalidad y libertad para considerar que la biología sexual, nos limita, obliga y reprime y que, en consecuencia, podemos independizarnos de esa naturaleza biológica, porque carece por entero de cualquier significado personal y donal, y configurar la sexualidad a la carta subjetiva y cultural, convirtiéndola, entre otras, en juego lúdico y hedonista o, lo que le conviene mucho a los modelos sociales opresivos y enajenantes, en escape ansiolítico para el estrés, la ansiedad y las depresiones, los vacíos y las soledades.

Comprender que “el principio” de la *imago Dei*, además de un hecho histórico, es una *incesante actualidad*, nos esclarece la constante y persistente propuesta al género humano de una *evolución* desde el mundo de las especies al universo de las personas, en la que no hay otra ley suprema que la del amor. Esta incesante actualidad del principio, además, nos sugiere que lo mejor no está

fatalmente anclado en el pasado, sino en las posibilidades correctoras e innovadoras del futuro. Lo que, entre otras cosas, significa, en sede de diagnóstico y pronóstico, que nuestra tarea con los amores humanos y las familias *no está en la restauración del pasado, sino en la conquista del futuro*. De nuevo la luz tierna nos hace comprender, más allá de la estética, la clarividente verdad de la afirmación de san Juan Pablo II: “El futuro de la humanidad se fragua en la familia”.

La actualidad incesante de la *imago Dei* nos está diciendo a cada uno, aquí y ahora, que no encontraremos la verdad más profunda y real del misterio humano –de nuestros modelos sociales y de cada una de nuestras personas y vidas– buscándola entre las especies animales y vegetales. Aún salvando todas las distancias, ocurre que los seres humanos nos parecemos más a Dios Trino que a cualquier especie viviente. O dicho de otro modo, cuanto más logramos amar más nos parecemos a Dios. Ninguna otra especie viviente ha recibido esa condición y ese poder. Nosotros los humanos, varones y mujeres, no hemos inventado el amor, pero hemos sido invitados a su fiesta: al gran banquete nupcial. Como se trata del universo del amor, que es libre y gratuito, esa extraordinaria invitación no se impone, sino que se ofrece a nuestra libertad. La podemos acoger con cálido y alegre entusiasmo, darle la espalda indiferentes y gélidos, o rechazarla obsesionados en creer que quien se da a los amados se pierde a sí mismo.

La otra gran metamorfosis que late, pugnando por ser vivida, en nuestra radical condición donal de varón o de mujer, es el desprendimiento de la gravitación egocéntrica sobre nosotros mismos, en cuya virtud somos nuestros propios predilectos y estamos atados a la servidumbre de buscar nuestro propio provecho, satisfacción y complacencia. Esta liberación del egocentrismo se dirige a conseguir, en cambio, que “el otro” –los amados– sean nuestros predilectos, aquellos cuyas personas y vidas, sus alegrías y penas, nos son de veras tanto o más importantes que las nuestras. Esta metamorfosis nos concierne a cada uno. Tiene por objetivo transformarnos en amadores y convertir así nuestra vida en biografía lograda. Pero podemos convertirnos en nuestro propio dios y vivirnos en semejante egolatría. El precio es terrible: quien solamente se ama a sí mismo está muerto en vida.

En el centro de estas dos grandes transformaciones –la social y la personal–, como su agente primario e insustituible, se ubica la familia fundada en la unión conyugal. En la transición del mundo de la especie al universo de las personas, la familia matrimonial es la célula básica para una sociedad humanizada. Una parte del todo social. Desde esta perspectiva, su estructura, dinámica y funciones sociales estratégicas convoca a las ciencias políticas, jurídicas y sociales, con la estadística y la demografía. En la metamorfosis personal, desde la gravitación egocéntrica y sus egolatrías hacia la predilección desprendida y abnegada hacia los amados, cada familia nos aparece como un ámbito exclusivo de amores y vínculos singularmente personales y profundamente íntimos. Y esta nueva perspectiva, donde cada familia es un mundo en sí misma, convoca a las ciencias biogenéticas, neurológicas, médicas, psicológicas, de la educación, de la comunica-

ción. También a las artes. Siempre lo hizo con la narrativa literaria, poética, la música y las artes plásticas. Hoy, con los nuevos géneros narrativos y sus imágenes: el cine, la televisión, la radio y telefonía, las redes sociales.

Estas dos perspectivas sobre la familia matrimonial –la célula social primaria de la entera sociedad y el universo íntimo de amores y vínculos personales– nos facilitan comprender el imprescindible carácter multi e interdisciplinar del Instituto de Ciencias para la Familia. Muchas veces se me ha preguntado por las sucesivas autoridades académicas de las Universidades de Navarra y de Piura y, más perplejos, por las de otras Universidades ¿qué es un Instituto de Ciencias para la Familia?; y ¿por qué de ciencias?

Mi respuesta, siempre la misma, no parece que haya sido demasiado clara si tomo nota del asombro con que los rostros acusan lo enigmático. Como no he perdido las esperanzas, me atrevo hoy a repetirla: un ICF es la organización institucional de la multi e interdisciplinariedad que le es posible a una concreta Universidad en la investigación y docencia de nuestra condición masculina y femenina, de los amores y vínculos íntimos humanos, del matrimonio y de la familia, tanto en el plano personal cuanto en el social. Este campo de estudio es inmenso y los productos académicos posibles pueden ser tan variados como incontables. Un ejemplo es la reciente Maestría en Matrimonio y Familia, que imparte un claustro multidisciplinar. Pero también interdisciplinar, porque la unidad del objetivo docente invita a los diversos profesores y disciplinas a integrar sus aportaciones y, así, experimentar la creación de una comunidad intelectual. Otro más pequeño pero fecundo ejemplo es la plataforma *on line* sobre *La alegría del amor*, realizada a iniciativa y coordinación del ICF por veinte profesores de distintos Centros y Facultades de nuestra Universidad. Uno de sus frutos es haber conseguido que los navegantes por dicha web lean, al menos un pasaje, de un documento tan extenso, complejo e importante como la Exhortación del Papa Francisco sobre el amor. ¿Leer hoy día? ¿No es eso un milagro?

Estos milagros son posibles si existe una comprensión y valoración del ICF en nuestras universidades. En este punto, es de justicia reconocer esa mirada de largo alcance de la entonces decana de la Facultad de Ciencias y Humanidades, Dra. Luz González y de los sucesivos equipos directivos de nuestro Rectorado, en especial a los Rectores Antonio Abruña y Sergio Balarezo. Tenemos entre manos, mediante el ICF, un específico motor –no el único, por supuesto– de la multi e interdisciplinariedad posible entre nuestros claustros y un potencial de gran influencia en la sociedad peruana y en la escena mundial, sobre todo, para las jóvenes generaciones. Semejante motor requiere una pericia, confianza, entrega e ilusión en su equipo nuclear. Sin estas sobresalientes dotes de Paul Corcuera, Mariela García, César Chinguel, Mariela Briceño, Gloria Huarcaya, Renata Coronado y José Rimarachín, además de su conmovedor afecto y apoyo a mi persona, que no sé como agradecer de manera proporcionada, este asno que les habla no habría podido superar sus ilimitadas limitaciones y aportar algunas cosas que no fueran rebuznos.

Así que terminaremos volviendo al principio. De nuevo la luz tierna, la que logra transformar al pollino, me ha hecho comprender una faceta inesperada de la querencia por los burros de san Josemaría Escrivá, fundador de esta Universidad:

“¡Bendita perseverancia la del borrico de noria! Siempre al mismo paso. Siempre las mismas vueltas. Un día y otro: todos iguales. Sin eso, no habría madurez en los frutos, ni lozanía en el huerto, ni tendría aromas el jardín. Lleva este pensamiento a tu vida interior (*Camino. Perseverancia. Punto 998*)”.

Quien persevera, quien resiste motines internos y abordajes externos, quien, ocurra lo que ocurra, no se rinde..., es quien vence. No lo olvidemos en la navegación, tantas veces difícil, de nuestras familias. La unión de amor es nuestra invencible arma y fuerza. No desunamos lo que la tierna luz nos ofrece unir.

En la ermita del campus de la Universidad de Piura veneramos a la Sagrada Familia que viaja los caminos de la vida a lomos de un burrito. Nada me complacería más de esta Universidad, a la que tanto quiero, de mis compañeros del ICF, de mis colegas y alumnos, que aceptaran mis lomos de asno para lo que gusten cargar sobre ellos. He dicho.